

ESTAMPAS PUERTORRIQUEÑAS

RÉQUIEM

Sonia Rodríguez

Apareció un día cualquiera. Nadie supo nada de su procedencia, pero su actitud era la de aquel que llega para quedarse. Su cuerpo joven y fuerte se movía rítmicamente calle abajo, luciendo su pelo lustroso de color negro azabache, mirándolo como si quisiera penetrar en cada rincón de aquel lugar que pronto se convertiría en su nuevo vecindario.

La casa de los “ ñoños” era la última de la vecindad, la cual le brindaba un lugar seguro y estable donde dormir y alimentarse. Él en cambio reciprocaba sus atenciones cuidando de los alrededores y la casa. Con el tiempo fue ganándose la confianza de los vecinos, especialmente la de los muchacho de aquel barrio que se caracteriza por tener una población de pequeñines y familias jóvenes. Así fue como trascurriendo el tiempo los juegos entre los muchachos y el nuevo vecindario se convirtió en tradición y costumbre lo incluían en casi todos los juegos haciéndolo parte de su diario vivir.

De momento, y cuando menos se esperaba, los “ ñoños” decidieron vender la casa, y sin saber por qué, se mudaron sin llevarlo con ellos. Desde aquel mal día se lo comenzó a ver triste, se sentía abandonado y solo; durante las noches se escuchaban sus gemidos y lamentos; y durante el día caminaba encorvado, cabizbajo. Solamente las caricias y mimos de los chicos eran capaces de hacerlo reaccionar, olvidándose por un momento de su dolor para correr y saltar junto a ellos en sus juegos. A pesar del abandono, él seguía cuidando la

casa como siempre, hasta que llegaron los nuevos dueños. Aquel día los vio llegar con toda su mudanza, los observó desde el rincón del patio sin que ellos se dieran cuenta. Le parecieron personajes arrancados de una novela de misterio. Especialmente, el nuevo dueño con su rostro de enterrador, pronto se ganó el mote de “el Sepulturero”. Los niños se escondían al verlo pasar y lo observaban desde lejos.

Por fin un buen día, o tal vez no tan bueno, su preferencia fue descubierta por el enterrador quien lo miró con ganas de matarle. Así empezaron sus males hasta que el sepulturero lo echó a la calle no sin antes golpearle fue con un palo que lo dejó cojo de por vida. Ya no tenía hogar propio, pero los vecinos no lo abandonaron y se turnaban para atenderlo. Así, Don Toño era el encargado de proveerle alimento, mientras que Orlando le proveía medicamentos cuando se enfermaba, ya que su esposa era enfermera. El hijo de Orlando, que había crecido y ahora era todo un jovencito, se encargaba de bañarlo y mantenerlo siempre oloroso.

Pasó el tiempo y se fue poniendo viejo y cansado, además de ciego. Un día, cruzando la avenida, un carro lo impactó. Estuvo enfermo, pero bajo los cuidados de Orlando, pronto se recuperó. Así transcurrió su vida hasta que un buen día los dioses decidieron llevárselo con ellos y como si ni quisiera despedirse de sus amigos para no causarle tristeza, se marchó durante el sueño de la noche.

Muchos lloraron su partida, especialmente los que ahora ya eran jovencitos y que cuando niños jugaron con él. No hay palabras para describir su funeral, todos querían hacer algo por aquel amigo que se había ido. Alexis y Alejandro lo cargaron en sus brazos, mientras que toda una procesión de vecinos, adultos, jóvenes y

los niños lo acompañaban a su última morada, a su eterno de descanso: un pedazo de tierra en el patio de Orlando. ¡Descansa en paz, Blackie!

Nombre: Blackie

Fecha de nacimiento: Desconocida

Falleció: el 19 de agosto de 1990

Lugar: Hato Abajo, Arecibo, Puerto Rico